



LEONARDO SCIASCIA

EL CASO MORO

Trad. de Juan Manuel Salmerón.

Tusquets. 208 pp. 18 € Ebook: 7,99 €

Marcó el inicio de los Años de Plomo (el turbulento periodo, en los años 70 y 80, en que Italia se vio sacudida por el terrorismo de extrema izquierda y extrema derecha) y fue a la vez uno de sus hitos más oscuros: el 12 de diciembre de 1969, en la sede de la Banca Nazionale dell'Agricoltura, en la Piazza Fontana de Milán, explotó una bomba que mató a 17 personas e hirió a otras 88. En pocas horas, la policía detuvo a unos 80 anarquistas, entre ellos al ferroviario Giuseppe Pinelli, un pobre hombre que tres días más tarde, aún bajo custodia policial, moriría en circunstancias sospechosas: la versión oficial decía que, debilitado por el ayuno y la falta de sueño, Pinelli, al apoyarse en una barandilla, se mareó y cayó desde el cuarto piso de la jefatura de policía. Fue la «muerte accidental de un anarquista» de la famosa comedia bufa del Nobel Dario Fo.

La ventana correspondía al despacho del comisario Luigi Calabresi. Buena parte de la opinión pública italiana, encabezada por la prensa de izquierdas, le culpó inmediatamente del asesinato. Fo, en su sátira, donde lo presentaba como un personaje ridículo, insinuaba también su culpabilidad. Y el escritor Erri de Luca, militante entonces de Lotta Continua, diría años después: «Cualquiera de nosotros podía haber matado a Calabresi». «Comisario ventana», le llamaban.

A partir de entonces, el matrimonio Calabresi tuvo que acostumbrarse a los insultos, a las amenazas, a las pintadas. Si salían a cenar, el restaurante tenía que estar lejos y ellos se sentaban en un discreto rincón. Si iban al cine, entraban con la película ya empezada. Cuando las pruebas demostraron que ni Calabresi había matado a Pinelli (ni siquiera estaba en su despacho cuando ocurrió) ni Pinelli, naturalmente, había participado en la matanza de Piazza Fontana (la perpetraron terroristas de extrema derecha en connivencia con los servicios secretos italianos), los terroristas ya se habían vengado: el 17 de mayo de 1972, al salir de su casa, a Luigi Calabresi

si lo mataron de dos tiros, uno en la espalda y otro en la nuca.

Dejaba una viuda de 25 años, dos hijos y un tercero en camino. El mayor, Mario, autor de *Salir de la noche* (Libros del Asteroide), tenía dos años. De adolescente quiso saber más. Fue a la hemeroteca, leyó artículos de los meses previos al asesinato, en *Lotta Continua* —órgano de prensa del grupo homónimo de extrema iz-

por
ALBERTO
GORDO

Asesinatos y mentiras en la Italia de los Años de Plomo

El periodista Marco Calabresi relata el acoso y muerte de su padre, comisario de policía, y reivindica a las víctimas de una etapa de azote terrorista que ha generado amplia bibliografía

quierda— y en *L'Espresso*; todos acusaban a su padre de defenestrar a Pinelli (y lo condenaban a muerte). Un ejemplo, del 6 de junio de 1970: «Este *marine* de ventana fácil tendrá que responder por todo. Vamos pisándole los talones, es inútil que forcejee como un búfalo enfurecido». O, en otro lugar: «El proletariado ya ha emitido su sentencia: Calabresi es responsable del asesinato de Pinelli y Calabresi tendrá que pagarlo muy caro».

Eran amenazas mafiosas y se publicaban en la prensa. No en vano, años después, Leonardo Sciascia atribuiría a las Brigadas Rojas técnicas propias de la mafia, como lastimar



las piernas, imponer el silencio y exigir complicidad o protección, propiciar, en suma, que «la invisible presencia del mafioso (o del terrorista) resultase más temible que la del visible carabiniere».

Calabresi se enteró así, por la prensa de aquellos días, de la feroz campaña que había sufrido su familia. Y supo del apoyo que la cultura había prestado a aquella causa construida sobre hechos no

probados (más allá de la sátira de Fo, *L'Espresso* publicó en 1971 un manifiesto acusatorio contra Calabresi; lo firmaban 800 intelectuales, entre ellos Natalia Ginzburg, abuela, por cierto, de Caterina, hoy casada con Mario). La condena definitiva a los asesinos de Calabresi no llegó hasta el año 2000, después de un interminable proceso.

Sentirse ya cadáver.

El libro comienza por una especie de final: en 2004, el presidente de la República concedió al comisario la medalla de oro a la memoria. «Nunca hubiera pensado que una medalla pudiera hacer tanto, siempre lo había considerado un trámite burocrático, un rito rígido y frío, y en cambio veo que ha sido capaz de pasar una página

en la cabeza de mi madre y de mis hermanos, de darles serenidad, ligereza, emoción», escribe su hijo. Después se detiene en otros casos importantes. Como el del magistrado Emilio Alessandrini, al que los terroristas de Prima Linea (comunistas) asesinaron en 1978. En *Muerte de un hombre feliz*, la novela de Giorgio Fontana, el protagonista, inspirado en Alessandrini y en Guido Galli (también asesinado), sale del entierro de una víctima y empieza a sentirse ya un cadáver: «La transformación estaba en marcha, y era extraño... como andar por ahí con un segundo yo, una muerte minúscula que iba germinando con el tiempo, a la espera de brotar».